

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

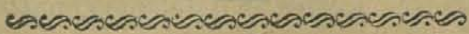
DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 563.

MURCIA 10 DE FEBRERO DE 1901.

La Juventud Literaria



La Guitarra

DEL
PRUDENTE

Ultimo cuento de Manuel Paso

Aún cuando el cuento es viejo, hay gente que afirma haber conocido en persona al señor Antonio el «Prudente», refiriendo con pelos y señales su vida y milagros.

En lo tocante á su persona, procuraré describirla todo lo fielmente que pueda y sepa, sin apartarme un punto de lo que me contaron del señor Antonio.

Era este un hombre como de sesenta años, enjuto de carnes, más bien alto que bajo, de ameno trato, de carácter franco y de rostro simpático.

Desde que el mundo era mundo no se había cuajado sobre la faz del planeta un maestro zapatero que pudiera competir con su habilidad y primor para el buen gusto en la confeccion del calzado de lujo.

Aún cuando el señor Antonio exageraba un poco, lo cierto es que como oficial era uno de los mejores oficiales de su oficio.

Su indumentaria era de lo más raro que darse puede.

Tenía el pié pequeño, pié de dama, y para mostrar á las gentes las indudables habilidades de su oficio estaba calzado con gusto exquisito.

El pantalon, abotinado y ceñido, le daba cierto aspecto de majó ó torero, y la camisa (porque hay que advertir que el señor Antonio andaba en mangas de camisa en todo tiempo) era un mosaico de manchas, plastas de cerote y qué sé yo cuantas cosas más.

Afortunadamente, cubria con el mandil este deplorable abandono de su persona. Y vamos viviendo.

En lo que no transigia era en el peinado.

Peinaba cuidadosamente sus rizos, blancos como la nieve, de una manera artística, y no se dió jamás el caso que nadie en el pueblo, ni mujer ni hombre, ni grande ni chico, viera un solo dia del año despeinado al zapatero.

Así era, ó mejor dicho, así dicen que era el hombre que ha vivido más feliz en este valle de lágrimas.

No ambicionó nunca el señor Antonio grandeza alguna.

Apegado á la faena, el trabajo no era para él trabajo, era más bien un entretenimiento.

Así es que á la caída de la tarde y después de terminada la tarea, cuando salía á la puerta á contemplar su obra, bendecía á Dios, que le había dado aquellas manos que eran un tesoro.

Después envolvía cuidadosamente en un pañuelo la tarea, y allí se iba á cobrarla con toda la alegría de un chico de diez años.

Poco tiempo tardaba en regresar á su casa, provisto ya del correspondiente «material de guerra», que debía ser consumido durante la noche.

Ponía sobre la mesa un par de botellas de lo tinto, y mostrándoselas á su mujer, decía:

—Eduarda, yo está ahí eso. ¡Aviva lo otro!

Lo otro era la cena.

La mujer del zapatero era tan feliz como su marido.

Cerca de cuarenta años hacía que estaban casados, y cosa extraña: jamás tuvieron una reyerta en serio.

La zapatera era quizá tan buena como el señor Antonio; pero como era mujer y vieja, era un poco chismosa y murmuradora.

Si el marido tenía fama de buen zapatero, mejor la tenía ella de bu-

na cocinera, y así guisara unas pobres patatas solas, se paraban á oler el guiso las comadres del barrio, porque, á decir verdad, de la cocina salía un olor que daba gloria.

Desde que empezaba la cena hasta que en el reloj de la iglesia sonaban las once, era una pura «juerga» para el matrimonio.

Un cuarto después de cenar y después de haber apurado un par de cigarrillos, decía á su mujer:

—Eduarda, venga la «sonata.»

Y desde el flamenco más compungido y lastimoso, hasta la tonadilla más chistosa y picante, todo salía de boca del señor Antonio, coreado por su mujer, que de cuando en cuando le decía:

—¡Bendita sea tu boca!

No se conoció, como he dicho, hombre más feliz ni que gozara en el pueblo de mayor popularidad.

Todo el mundo lo quería, pobres y ricos, viejos y jóvenes, grandes y pequeños.

¿Cómo había de celebrarse boda, bautizo ó festejo alguno sin que el primer convidado no fuera el señor Antonio?

Y en verdad que era hombre á propósito para tales diversiones.

Todo su afan consistía en agradecer al auditorio, cosa que siempre consiguió.

El cantaba y tocaba, dirigía los juegos de prendas, y hacia por su cuenta juegos de manos: amen de que tenía el gran mérito de improvisar versos á las mil maravillas.

Así vivía, feliz y respetado de todos, el señor Antonio el «Prudente.»

Aconteció en esto que llegó al pueblo el cacique, diputado por la circunscripción, hombre jóven y adinerado, acompañado de unos cuantos amigos, para pasar una semana de cacería.

Tanto y tanto le hablaron del «Prudente», que mostró grandes deseos de conocerle.

Le mandó llamar, y como es natural, á los pocos momentos el señor Antonio estaba delante del diputado.

—Me han dicho que eres feliz— dijo el señorito.

—No se pasa del todo mal,— contestó el zapatero.

—Pues vamos á hacer un trato, si te parece bien.

—Señor. ... lo que vuestra merced mande.

SE CONTINUARÁ.



ASÍ LO GUARDO

Como guarda un tesoro
el rico avaro

en sitio el más oculto

que ha imaginado,

donde nadie en el mundo

podrá encontrarlo

por más que se empeñaran

altos y bajos,

entre aromas muy finos

y delicados

de tus flores, marchitas

¡ay! por tus lábios

y que yo hoja por hoja

las voy alzando

en cajita de adornos

blancos, muy blancos,

y en ello noche y dia

siempre pensando,

aquello que me diste.....

así lo guardo.

JULIAN DE MORATALLA.



Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Suplicamos á nuestros suscriptores de fuera de la localidad, que se

